

Waldemar Bonsels

Las
aventuras
de la
abeja Maya

Waldemar Bonsels

Las
aventuras
de la
abeja Maya



Ilustraciones de
Ester García

Traducción de
Isabel Hernández



nórdicainfantil

Título original:

Die Biene Maja und ihre Abenteuer

© 1912, 1990, 2007 and 2012 by Deutsche Verlags-Anstalt, a division of Verlagsgruppe Random House GmbH, München, Germany • www.randomhouse.de

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent

© **De las ilustraciones:** Ester García

© **De la traducción:** Isabel Hernández González

© **De esta edición:** Nórdica Libros, S.L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-17651-88-6

IBIC: YF

Depósito Legal: M-34334-2019

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección y maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Capítulo 1

Maya huye de su ciudad natal

La anciana abeja que ayudó a la pequeña Maya cuando despertó a la vida y se escurrió fuera de su celda se llamaba Casandra y gozaba de gran consideración en la colmena. Por aquel entonces se vivían allí días muy agitados porque entre el pueblo de las abejas había estallado una sublevación que la reina no lograba reprimir.

Mientras la experimentada Casandra enjugaba los grandes y relucientes ojos de la joven Maya, cuyas vivencias voy a contar, y trataba de arreglarle un poco las delicadas alas, la gran colmena zumbaba con tono amenazador; a la pequeña Maya le pareció que hacía mucho calor y se lo dijo a su acompañante.

Casandra miró preocupada a su alrededor, pero no contestó a la pequeña de inmediato. Le asombró que la niña encontrase tan pronto algo que criticar, pero en el fondo tenía razón: el calor y el hacinamiento eran prácticamente insoportables. Maya fue viendo cómo pasaban ante sí una abeja tras otra, a toda velocidad y sin interrupción, los empujones y las prisas eran tan grandes que, de vez en cuando, una se encaramaba sobre otra, y otras pasaban rodando en pelotones.

Una vez la reina estuvo muy cerca de ellas. A Casandra y a Maya las empujaron a un lado, pero un zángano, un abejorro joven y amable de cuidado aspecto, vino en su ayuda. Hizo una señal a Maya y, algo alterado, se pasó la pata delantera, que las abejas usan como brazo y mano, por los relucientes pelos de su pecho.

—Va a haber una desgracia —le dijo a Casandra—. El enjambre de los revolucionarios va a abandonar la ciudad. Ya han elegido a una nueva reina.

Casandra apenas le prestaba atención. Ni siquiera le había dado las gracias por su ayuda, y a Maya le pareció que la anciana dama estaba siendo muy descortés con el joven. No se atrevió a preguntar, las impresiones se sucedían demasiado deprisa y amenazaban con dominarla. La excitación se apoderó de ella y empezó a emitir un zumbido, fino y claro.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —dijo Casandra—. ¿Es que no hay bastante ruido?

Maya se calló de inmediato y dirigió una inquisitiva mirada a su anciana compañera.

—Ven aquí —le dijo esta a Maya—, vamos a intentar recomponernos un poco.



Por el ala, hermosa y reluciente, que estaba aún tierna y completamente nueva, y que se transparentaba de maravilla, empujó a Maya hacia un rincón poco frecuentado, delante de unos panales llenos de miel.

Maya se detuvo y se agarró a uno de esos panales.

—Aquí huele de maravilla —le dijo a Casandra.

La anciana volvió a inquietarse.

—Tienes que aprender a ser paciente, niña —respondió—. Esta primavera he preparado ya a muchos cientos de abejitas para su primera salida, pero aún no ha habido ninguna tan preguntona. Parece que eres de una naturaleza excepcional.

Maya se sonrojó y se llevó a la boca los dos delicados dedos de su manita.

—¿Eso qué es? —preguntó tímidamente—. ¿Qué es una naturaleza excepcional?

—¡Oh, eso es algo muy indecoroso! —exclamó Casandra, que, no obstante, se refería al movimiento de manos de la pequeña abeja y no había prestado atención a su pregunta—. Ahora atiende bien a todo lo que voy a decir porque no puedo dedicarte mucho tiempo; ya han vuelto a salir nuevos pequeños y mi única ayudante en esta planta, Turka, está extenuada de tanto trabajo y estos últimos días se ha quejado de que le zumbaban los oídos. Siéntate aquí.

Maya obedeció y miró fijamente a su maestra con sus grandes ojos marrones.

—La primera regla que tiene que observar una abeja joven —dijo Casandra suspirando— es que cada uno, en todo lo que piense y haga, ha de semejarse a los demás y pensar en el bien de todos. En nuestro reglamento estatal, que es válido desde tiempos inmemoriales y que se ha preservado de manera estupenda, este es el único fundamento para el bienestar del Estado. Mañana emprenderás el vuelo. Una compañera mayor te acompañará. Al principio solo puedes volar tramos pequeños y tienes que fijarte bien

en todos los objetos por los que pases, para que puedas encontrar siempre el camino de vuelta. Tu acompañante te enseñará los cientos de flores y los tallos que tienen la mejor miel, tienes que aprendértelos de memoria, de eso no se libra ninguna abeja. El primer renglón puedes aprendértelo ya: «Brezo y flor de tilo». Repítelo.

—No puedo —dijo la pequeña Maya—, es terriblemente difícil. Ya lo intentaré más adelante.

La anciana Casandra abrió mucho los ojos y meneó la cabeza.

—Tú acabarás mal —suspiró—, lo veo venir.

—¿Tendré que pasarme luego toda la vida recogiendo miel? —preguntó Maya.

Cassandra lanzó un profundo suspiro y, por un momento, miró muy seria y muy triste a la joven abeja. Parecía como si le recordara su propia vida que, desde el principio hasta el fin, había estado llena de penalidades y trabajos. Y entonces dijo con la voz muy cambiada y mirando a Maya con ternura:

—Mi pequeña Maya, tú conocerás la luz del sol, grandes árboles verdes y prados repletos de flores, lagos de plata y arroyos resplandecientes y rápidos, el radiante azul del cielo y, en último término, tal vez incluso al ser humano, que es lo más sublime y perfecto que ha dado la naturaleza. Sobre todas estas maravillas tu trabajo te parecerá una alegría. Mira, todo esto es lo que te espera, corazoncito mío, tienes motivos para ser feliz.

—Bueno —dijo Maya—, yo también lo deseo.

Cassandra sonrió benévola. No sabía muy bien por qué, pero, de repente, le había cogido a la pequeña Maya un cariño muy especial, como no recordaba que hubiera sentido nunca por ninguna otra abeja joven. Y debió de ser por eso por lo que le dijo y le contó a la pequeña Maya más cosas de las que las abejas suelen oír en su primer día de vida. Le dio un montón de consejos especiales, la advirtió de los peligros del malvado mundo exterior y le nombró a los peores enemigos que tiene el pueblo de las abejas. Finalmente,

también le habló durante un buen rato de los humanos y sembró en el corazón de la joven abeja su temprano amor por ellos y el germen de un gran deseo de conocerlos.

—Sé amable y servicial con todos los insectos que te encuentres —dijo para terminar—, así aprenderás de ellos más de lo que yo pueda decirte hoy, pero cuídate de los avispones y las avispas. Los avispones son nuestros mayores y peores enemigos, y las avispas son una raza de bandidas inútil, sin patria ni fe. Nosotras somos mucho más fuertes y poderosas que ellas, pero ellas roban y asesinan siempre que pueden. Tú puedes emplear tu aguijón contra todos los insectos, para hacerte respetar o para defenderte, pero si picas a un animal de sangre caliente o incluso a un hombre, entonces morirás, porque tu aguijón se quedará enganchado en su piel y se quebrará. Pica a esos seres tan solo en caso de extrema necesidad, pero entonces hazlo con valor y no temas a la muerte, porque nosotras, las abejas, debemos la gran consideración y el respeto del que gozamos por todas partes a nuestro valor y a nuestra inteligencia. Y ahora adiós, pequeña Maya, que tengas suerte en el mundo y sé siempre fiel a tu pueblo y a tu reina.

La pequeña Maya asintió y le devolvió el beso y el abrazo a su anciana maestra. Se acostó con mucha alegría y excitación en su interior y apenas pudo conciliar el sueño de pura curiosidad, pues al día siguiente iba a conocer el ancho mundo, el sol, el cielo y las flores.

Entretanto, en la ciudad de las abejas todo había vuelto a la calma. Gran parte de los jóvenes había abandonado el reino para fundar un nuevo Estado. Durante mucho rato se oyó el zumbido del gran enjambre a la luz del sol. Aquello no había ocurrido por arrogancia o por hostilidad hacia la reina, sino que el pueblo había crecido tanto que la ciudad ya no ofrecía espacio suficiente para todos sus habitantes y era imposible almacenar tantas provisiones de miel como para que todos tuvieran su sustento en invierno. Pues

una gran parte de la miel que se acumulaba en verano había que dársela a los humanos. Eran antiguos tratados de Estado; a cambio los humanos aseguraban el bienestar de la ciudad, velaban por su reposo y seguridad y, en invierno, les daban protección contra el frío.

A la mañana siguiente Maya escuchó desde su lecho una alegre llamada:

—¡Ha salido el sol!

Se levantó de inmediato y se unió a una portadora de miel.

—Está bien —dijo esta con amabilidad—, puedes volar conmigo.

En la puerta las detuvieron los centinelas. Había una auténtica multitud. Uno de los guardianes le comunicó a Maya el santo y seña sin el que a ninguna abeja se le permitía entrar en la ciudad.

—Apréndetelo bien —dijo— y mucha suerte en tu primera salida.

Cuando la abejita hubo franqueado la puerta de la ciudad tuvo que cerrar los ojos ante la cantidad de luz que le llegaba a raudales. Todo relucía de color oro y verde, tan suntuoso, cálido y radiante que, de pura felicidad, no sabía qué debía hacer o decir.

—Pero esto es verdaderamente fabuloso —dijo a su acompañante—. ¿Se puede volar por ahí?

—¡Adelante! —dijo la otra.

Entonces Maya levantó la cabeza muy valiente, sacudió sus lindas alas nuevas y, de repente, sintió como si las tablas en las que se sostenía desaparecieran bajo sus pies. Y en ese mismo instante sintió como si la tierra se escurriera y se hundiera cada vez más y más, y como si las grandes cúpulas verdes que veía ante sí salieran a su encuentro.

Sus ojos brillaban, su corazón estaba lleno de júbilo.

—¡Estoy volando! —exclamó—. ¡Esto que estoy haciendo solo puede ser volar! Pero, en efecto, es algo fantástico.

—Sí, estás volando —dijo la portadora de miel, que tenía que hacer muchos esfuerzos para permanecer al lado de Maya—. Nos dirigimos hacia los tilos, los tilos de nuestro palacio; allí podrás ver la situación de nuestra ciudad. Pero vuelas demasiado rápido, Maya.

—No se puede volar demasiado rápido —dijo Maya—. ¡Oh, qué bien huele la luz del sol!

—No —dijo la portadora que estaba un poco sofocada—, son las flores. Pero ahora vuela más despacio; de lo contrario me quedaré rezagada y, entonces, no podrás fijarte en esta zona para el camino de vuelta.

Pero la pequeña Maya ya no escuchaba. Estaba como embriagada de alegría, de sol y de alegría de vivir. Se sentía como si resbalara con la rapidez de una flecha por un mar de reluciente luz verde en dirección a una maravilla cada vez mayor. Las flores de colores parecían llamarla, los serenos paisajes lejanos, llenos de luz, la atraían hacia sí, y el azul del cielo bendecía el júbilo de su juvenil vuelo. «Nada volverá nunca a ser tan hermoso como hoy —pensaba—, no puedo regresar, no puedo pensar en otra cosa más que en el sol».

Por debajo de ella se sucedían imágenes multicolores, la apacible campiña se extendía en medio de la luz, lentamente, en toda su amplitud. «El sol debe de ser todo de oro», pensó la pequeña abeja.

Cuando llegó a un gran jardín que parecía descansar en medio de cerezos, acerolos y lilas, se dejó caer, completamente agotada. Cayó sobre un arriate de tulipanes rojos y se agarró a una de las flores más grandes, se apretó contra la pared de flores, respiró profundamente, rebosante de felicidad, y miró por encima de los brillantes bordes de la flor hacia el radiante cielo azul.

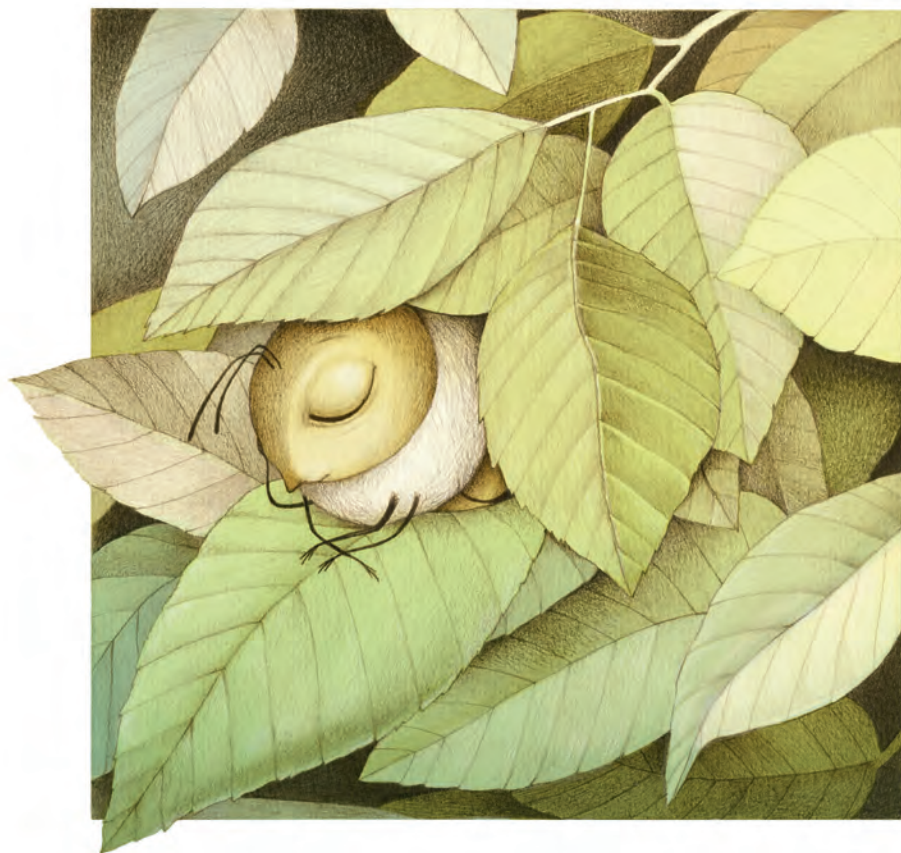
—¡Oh! El ancho mundo es mil veces más hermoso —exclamó— que la oscura ciudad de las abejas. Nunca regresaré allí

ni para llevar miel ni para hacer cera. ¡Oh, no! No lo haré jamás. Quiero ver y conocer el mundo de las flores, yo no soy como las otras abejas, mi corazón está hecho para la alegría y las sorpresas, para las emociones y las aventuras. No temeré ningún peligro, ¿acaso no tengo fuerza y valor y un aguijón?

Rio de puro orgullo y contento y se echó un buen trago de néctar de miel del cáliz del tulipán.

«Magnífico —pensó—, de verdad que es delicioso vivir».

¡Ay, si la pequeña Maya hubiese sospechado los múltiples peligros y desgracias que la esperaban, seguramente se lo habría pensado! Pero no lo sospechaba y se mantuvo en su propósito. Pronto la dominó el cansancio y se quedó dormida. Cuando despertó, el sol había desaparecido y la tierra yacía en el crepúsculo. El corazón le palpó un poco y, dudosa, abandonó la flor, que estaba a punto de cerrarse para pasar la noche. Se ocultó bajo una gran hoja, en lo alto de la copa de un viejo árbol, se escondió y, mientras se dormía, pensó confiada: «No voy a acobardarme justo al principio. El sol volverá, eso es seguro, Casandra lo dijo, hay que dormir bien y tranquila».





Capítulo 2

La casa de rosas de Peppi

Cuando la pequeña Maya despertó, ya era de día. Tenía algo de frío bajo su gran hoja verde y los primeros movimientos que hizo le salieron con dificultad y muy lentos. Se agarró firmemente a un nervio de la hoja y batió y sacudió las alas para que quedasen suaves y sin polvo. Después se alisó los rubios cabellos y se frotó los ojos, grandes y brillantes. Luego se arrastró un poco más, hasta el borde de la hoja, y miró a su alrededor.

Estaba completamente deslumbrada por la magnificencia y el brillo del sol matinal. Las hojas relucían sobre su cabeza como si fueran oro verde; allí, donde estaba posada, aún se estaba fresco a la sombra.

«¡Oh, qué mundo tan adorable!», pensó la pequeña abeja.

Muy lentamente fue recordando lo que había vivido el día anterior, todos los peligros y todas las maravillas que había visto. Pero siguió decidida a no regresar a la colmena. Claro que cuando pensaba en Casandra le palpitaba el corazón, pero era imposible que Casandra volviera a encontrarla jamás. No, para ella no era ningún placer tener que estar siempre entrando y saliendo, llevando miel o haciendo cera. Quería ser libre y feliz y disfrutar la vida a su manera; viniera lo que viniera, lo soportaría. Con esa ingenuidad pensaba Maya, bien es verdad que porque no tenía una idea clara de todo lo que le esperaba.

En algún lugar a lo lejos, algo brillaba muy rojo a la luz del sol. Maya lo vio refulgir y brillar y una secreta impaciencia se apoderó de ella. Sintió también que tenía hambre. Entonces, con mucho valor y con un zumbido claro y alegre, salió volando de su escondite hacia el aire resplandeciente y diáfano y a la cálida luz del sol. Volando tranquila, se dirigió directamente hacia la rojiza luz de la flor que parecía hacerle señas, y cuando llegó a las proximidades sintió el hálito de un aroma tan dulce que casi se quedó aturdida y le costó trabajo llegar hasta la gran flor roja. Con esfuerzo se dirigió al pétalo curvado que quedaba más fuera y se agarró a él con fuerza. Tras la leve sacudida que había causado a la flor, llegó rodando hasta ella una centelleante bola de plata, casi tan grande como ella misma, transparente y titilante, de todos los colores del arco iris. Maya se asustó mucho, aunque el esplendor de aquella fría bola de plata le encantaba. La bola transparente pasó rodando, se inclinó sobre el borde del pétalo, saltó a la luz del sol y cayó sobre la hierba.

Maya soltó un leve grito de espanto al ver que la hermosa bola se descomponía en muchas perlititas diminutas. Pero entonces la hierba brillaba muy animada y fresca, por todos los tallos corrían gotitas temblorosas y relucían igual que los diamantes a la luz de una lámpara. Maya se había dado cuenta de que era tan solo una gran gota de agua que se había formado en el cáliz de la flor con la humedad de la noche.

Cuando se volvió de nuevo hacia el cáliz, vio sentado a la entrada a un escarabajo de élitros marrones y pectoral negro. Era algo más pequeño que ella, se afirmó en su puesto con mucha tranquilidad y la miró seriamente, pero sin ninguna hostilidad.

Maya lo saludó muy cortés.

—¿Es suya la bola? —preguntó. Y como el escarabajo no respondió, añadió—: Siento mucho haber hecho que se cayera.

—¿Se refiere a la gota de rocío? —preguntó el escarabajo y

sonrió con algo de superioridad—. Por eso no tiene que preocuparse. Yo acababa de beber y mi esposa nunca bebe agua, porque sufre de los riñones. ¿Qué anda usted buscando aquí?

—¡Qué flor tan bonita! —dijo Maya sin responder a su pregunta—. ¿Sería tan amable de decirme cómo se llama?

Recordó los consejos de Casandra y fue todo lo cortés que pudo.

El escarabajo escondió su cabeza, brillante y reluciente, en el caparazón. Hacía esto con mucha facilidad y sin problemas porque se ajustaba muy bien y se deslizaba adentro y afuera sin el menor ruido.

—¿Es que ha nacido usted ayer? —preguntó riéndose con poca cortesía de la ignorancia de Maya.

En todo él había algo que a Maya le resultaba grosero; las abejas eran más refinadas y sabían comportarse mejor. Pero, en cualquier caso, el escarabajo parecía bonachón, pues al ver que las mejillas de Maya se cubrían de un ligero rubor por la turbación, se volvió más indulgente con su ignorancia.

—Es una rosa —dijo—, para que lo sepa. Hemos venido a vivir aquí hace cuatro días y, entretanto, ha crecido magníficamente con nuestros cuidados. ¿Puedo pedirle que se acerque?

Maya dudó, pero venció su temor y dio unos pasos. El escarabajo apartó una hojita de color claro y juntos entraron en las estrechas habitaciones de aromáticas paredes de color rojo claro y luz tenue.

—Esto es realmente encantador —dijo Maya, que estaba toda fascinada—. Y ese aroma tiene algo embriagador.

Al escarabajo le alegró mucho que a Maya le gustara su residencia.

—Hay que saber dónde alojarse —dijo sonriendo complacido—. «Dime por dónde andas y te diré lo que vales», dice un viejo refrán. ¿Le apetece un poco de miel?

—¡Caramba! —exclamó Maya sin querer—. Eso estaría muy bien.

El escarabajo inclinó la cabeza y desapareció tras una pared. Maya miró dichosa a su alrededor. Se frotó las mejillas y las manitas contra las delicadas cortinas de reluciente rojo, respiró profundamente el delicioso aroma y se sintió feliz de poder estar en una casa tan bonita como esa. «En verdad que vivir es un gran placer —pensó— y esta casa no puede compararse con los pisos oscuros y repletos en los que vivimos y trabajamos nosotras. Ya solo este silencio resulta absolutamente adorable».

Entonces oyó que el escarabajo, tras las paredes, estallaba en tremendas inectivas. Gruñía muy nervioso y enfadado, y Maya sintió como si agarrara a alguien y lo estrellara contra el suelo con poca delicadeza. Entre medias escuchó una vocecita clara llena de pena y angustia, y entendió las siguientes palabras:

—¡Claro, ahora, que estoy sola, se permite usted tomarse la libertad de acercarse a mí! Pero espere a ver cómo le va cuando llame a mis compañeros. Es usted un grosero. Bueno, me marchó. Pero nunca olvidará usted el calificativo que le he dado.

Maya se asustó mucho al oír la penetrante voz de la extraña, que sonaba muy aguda y furiosa. Luego oyó también cómo alguien se alejaba a toda prisa. El escarabajo regresó y, refunfuñando, le tiró una bola de miel.

—Es un escándalo —dijo—. En ningún sitio tiene uno paz con esa chusma.

De hambre que tenía, Maya se olvidó de dar las gracias, cogió rápidamente un bocado y se puso a masticar mientras el escarabajo se secaba el sudor de la frente y aflojaba un poco el anillo superior de su pectoral para poder respirar con más facilidad.

—¿Y quién era? —preguntó Maya con la boca llena.

—Haga usted el favor de vaciarse la boca, tráguese primero lo que tiene —dijo el escarabajo—, así no se la entiende.

Maya obedeció, pero el irritado propietario de la casa no le dejó tiempo para una nueva pregunta. Enfadado soltó lo siguiente:

—Era una hormiga. ¿Acaso se cree esta gente que uno está ahorrando y afanándose hora tras hora exclusivamente para ellas? ¡Y meterse así en la despensa, sin saludar y con ese descaró! Me indigna. Si no supiera que en el caso de estos animales se trata, en efecto, de una falta de modales, no dudaría en calificarlos de ladrones. —De repente recordó algo y se volvió hacia Maya—: Discúlpeme, he olvidado presentarme, me llamo Peppi, de la familia de los cetónidos.

—Yo me llamo Maya —dijo la abejita con timidez—, me alegro mucho de haberle conocido.

Observó detenidamente al escarabajo Peppi. Este se inclinó varias veces desplegando sus antenas como dos pequeños abanicos marrones. Esto le gustó muchísimo a Maya.

—Tiene usted unas antenas encantadoras —dijo—, sencillamente deliciosas...

—Bueno —dijo Peppi halagado—, las tengo en mucho. ¿Quiere verlas también por detrás?

—Si usted lo permite... —dijo Maya.

El escarabajo giró las amplias antenas a un lado y dejó que un rayo de sol se deslizase por encima de ellas.

—Magníficas, ¿no? —preguntó.

—Jamás habría creído posible algo así —respondió Maya—. Mis antenas son muy insignificantes.

—Bueno —dijo Peppi—, a cada cual lo suyo. A cambio tiene usted, indiscutiblemente, unos ojos muy hermosos, y el tono dorado de su cuerpo tampoco está nada mal.

Los ojos de Maya estaban radiantes de felicidad. Hasta entonces nadie le había dicho que tuviese algo hermoso. Se sintió loca de alegría y, rápidamente, cogió otra bolita de miel.

—Es de una calidad excelente —dijo.

—Por favor, tome más —dijo Peppi, asombrado del apetito de su invitada—, es miel de rosas, de la primera cosecha. Hay que



tener un poco de cuidado para no estropearse el estómago. Todavía queda algo de rocío, si acaso tiene usted sed.

—Muchas gracias —dijo Maya—. Ahora me gustaría volar, si usted lo permite.

El escarabajo sonrió.

—Volar y nada más que volar —dijo—, las abejas lo lleváis en la sangre. No entiendo muy bien esa vida sin descanso. También tiene muchas cosas buenas estar fijo en un sitio, ¿no le parece?

—¡Ay, a mí me gusta tanto volar...! —dijo Maya.

El escarabajo le abrió cortésmente la cortina roja.

—La acompañaré hasta fuera. Voy a llevarla hasta una hoja con vistas, desde donde podrá emprender cómodamente el vuelo.

—¡Oh, gracias! —dijo Maya—. Puedo volar desde cualquier parte.

—Eso me saca usted de ventaja —dijo Peppi—. A mí me cuesta mucho desplegar las alas inferiores.

Le estrechó la mano y echó a un lado la última cortina.

—¡Oh, Dios mío, el cielo azul! —gritó de júbilo—. Que le vaya muy bien.

—Hasta la vista —dijo Peppi y se quedó un rato en la hoja más alta de la rosa para seguir con la vista a la pequeña Maya, que, rápidamente, en línea recta, se elevó a lo alto del cielo, en medio de la dorada luz del sol y el aire puro de la mañana.

Luego suspiró por lo bajo y, pensativo, se retiró de nuevo al fresco cáliz de la rosa. Tenía un poco de calor, aunque era muy temprano. Tarareó para sí su canción matutina, que al reflejo rojo de las hojas de las rosas y en medio del cálido brillo del sol sonó así:

Todo es dorado y verde,
estival y caluroso.

Mientras las rosas florecen
es para mí muy hermoso.

Yo no sé de dónde vengo,
solo sé que me fascina
de las rosas el reflejo,
y en él disfruto mi vida.

Del mundo no sé gran cosa,
solo dónde soy feliz.
Cuando marchita la rosa,
yo también he de morir.

Y afuera el radiante día de primavera se alzaba sobre la tierra florida.